

# Demócrata, poscomunista y de izquierdas

Para César Mora

*Iván de la Nuez*

EN LA PRIMAVERA DE 1989 —POCOS MESES ANTES DE LA caída del Muro de Berlín— tuve la oportunidad de realizar un viaje por los países del Este; entonces países comunistas y «hermanos», aunque no por mucho tiempo, de la revolución cubana. Se trataba de la habitual gira cultural que cada año realizaba un Estado socialista por los demás países del imperio soviético. Ese periplo —el último realizado desde tales connotaciones de «hermandad»— cambió mi porvenir y mi percepción del mundo; trastocó lo que quedaba de mi inocencia ideológica y, además, sentó las bases de lo que unos años después ha terminado por definirme como un ciudadano poscomunista, término que aclararé con cierta brutalidad al final de este texto.

Regresemos a 1989. Yo viajaba entonces —junto a una voluminosa delegación de todas las artes y la correspondiente manada de burócratas— con una exposición de fotografía cubana sobre los treinta años de Revolución: imágenes que iban desde el inevitable retrato del Che Guevara, de Korda, hasta una serie posmodernista sobre el cementerio de La Habana, de Gory. Todo, incluidos los extremos de esta exposición, era una señal de principio y fin. Origen y desencadenamiento. El viaje fue, además, muy accidentado, pues estos países, que antes habían sido nuestros hermanos según rezaba en la Constitución cubana de entonces (ésta comenzaba con una declaración de fidelidad a la Unión Soviética), habían entrado en una lenta aunque continua transición al capitalismo. Ellos, ya no nos esperaban. Y el avión cubano era una rémora del *ancient regime* que no convenía exhibir. La revolución que representábamos —cuya «libertad de expresión» en materia de estilos habían incluso envidiado los otros Estados

comunistas— se había convertido en punto menos que un dinosaurio (acaso un cocodrilo) ante los giros que daban aquellas sociedades. La nueva burocracia de la *perestroika*, que había heredado este *tour* de la antigua burocracia estalinista, no sabía qué hacer con nuestra delegación, armada y acompañada por la eterna burocracia tropical. Había llegado para ellos el momento de girar hacia Occidente —¡aunque de allí veníamos precisamente nosotros!— y aquel avión cargado de cubanos era una nave fantasma proveniente de un mundo cuyo tiempo ya se conjugaba en pretérito.

Los *flashes* quedan así en la memoria: elecciones con Solidarnosc en Polonia, la entrada de Bulgaria en el mercado, apertura de las fronteras, el intento de copiar todo lo occidental en Praga, un concierto de Joan Baez —¡que todavía resultaba provocador!— en Bratislava. En cada uno de estos sitios había intensidad, esperanza, movimiento, ruidos; una sensación de catarsis colectiva. Al mismo tiempo, en aquellas sociedades que se desplomaban y reconstruían, se percibía una especie de regreso a la infancia donde no faltaban los peluches y los juguetes. En Moscú, por ejemplo, los oradores espontáneos en la calle Arbat me provocaban una reacción muy ambigua: estas personas tenían, por igual, una enorme ansiedad por gritar (fuera cual fuera el discurso, lo importante era liberar el caudal de palabras reprimido durante siete largas décadas), o por acudir en oleadas incontables a Mc Donald's. Como si estuvieran obligados a aprender a hablar (se balbuceaba todo lo que uno quisiera en un aparente sinsentido), comer a toda hora (como corresponde a los niños ante las chucherías) y ser enseñados a caminar (apertura de las fronteras para viajar). Desde mi perspectiva de entonces (la de alguien que nunca había visitado un país del «capitalismo real»), más que una transformación, lo que experimentaba el mundo poscomunista era una conversión en toda la regla. Se pasaba, sin *intermezzo*, del *kitsch* comunista al *kitsch* occidental. Baste recordar la escena del oso Misha (la famosa mascota soviética) recibiendo en el aeropuerto de Moscú a Mickey Mouse.

En aquel abrazo, parecía sellarse algo más que una broma menor dentro del proverbial infantilismo que suelen exhibir los imperios: se signó allí, sin más, el síntoma de la escasa profundidad de la reforma cultural, con una banalización posterior de muy tristes consecuencias. Entre la oreja del ratón y el hocico del oso se pactó, además, algo todavía más grave: el fin de cualquier formulación polémica del nuevo régimen hacia el capitalismo. Como si la entrada en el mundo del mercado hubiera fagocitado la capacidad crítica de esos seres. Los cañones enfilados de manera infinita hacia la represión del antiguo régimen —algo más que merecido, por otro lado— esconden, sin embargo, una táctica de distracción que no permite apuntar con objetividad hacia lo que ahora ocurre. Esto tiene que ver con esa mutilación tan reiterada y fundamental de las conversiones. Como Marx es un nombre maldito —un conocido líder del exilio cubano llegó a ufanarse de querer construir una universidad donde no se enseñaría «ni una palabra de marxismo»—, entonces su crítica debe desaparecer. Se defenestra al Marx de un comunismo real (del que habló ciertamente muy poco, aunque no esté exonerado de muchas de

sus miserias) pero se tapan los susurros del Marx crítico del capitalismo donde aún tiene algo que decir. Acallándolo con el fracaso de lo no previsto por él, se silencia también la importancia de su predicción hacia la grave crisis de nuestro mundo de hoy. Sobre todo porque que el Muro se ha derrumbado también hacia Occidente, como le ha sucedido a buena parte del sentido que tenía el orden liberal. Si los Estados comunistas han perdido su sitio —pese a la ambigua supervivencia de China, Corea del Norte, Cuba, Viet Nam— es porque su pareja de baile en la era moderna, el capitalismo, ha entrado en una fase problemática que ya no puede maquillar con la amenaza del Enemigo tras la Cortina de Hierro y la Guerra Fría. O quizá se exhiba en ese puesto ganado por la falta de competencia, por la no presentación del adversario. La búsqueda de una salida alternativa a las dos catástrofes, es posiblemente, el reto mayor del pensamiento contemporáneo. Giorgio Agamben ha sido muy claro al respecto: si aspiramos a crear algo que se pueda llamar pensamiento, debemos intentar que la afirmación neoliberal del fin de la historia se vea acompañada por una indagación profunda que retome la reivindicación socialista del fin del Estado. De lo contrario, estaremos jugando con cartas marcadas.

De todo esto trata *El mapa de sal*, libro que he escrito en primera persona, dado que está atravesado por un estado de ánimo que me impide pontificar en nombre de lemas tales como El Pueblo, La Causa, El Exilio o Mi Tierra, argucias retóricas que siempre me han parecido deplorables estéticamente.

En el libro citado, me defino como un poscomunista, término que ha provocado alguna roncha, preocupación e incluso desprecio, en dependencia del tamaño y profundidad de la ampolla levantada en la piel. Acostumbrado como estoy a experimentar la libertad en los más diversos sentidos, nunca me ha parecido coherente dar explicaciones sobre mis actos, mis textos o sobre los modos de definirme. No obstante a ello, sumaré ahora algunas líneas, alejadas de la intención literaria del libro en cuestión. No para matizar mis afirmaciones sino, por el contrario, para meter, si cabe, aún más el dedo en la llaga e intentar sostener la lógica de una definición que no es nueva para mí, y que mantengo, por cierto, desde que vivía en Cuba.

Después de una década de exilio, y de una ávida inmersión en eso que llamamos mundo, me resulta imposible separar mi posición sobre Cuba de la que tengo acerca de ese mundo. Mi condición cubana es un capítulo de mis preocupaciones; incluso un capítulo importante, mas no el ombligo de éstas. ¿Que soy un mal patriota? Pues sí, es esa una gimnasia en la que he trabajado duro y a conciencia. ¿Que ahora resulta ambigua mi posición? La ambigüedad siempre me ha fascinado y la considero un don. (Conozco gente que ha salido al exilio sólo para poder ser ambigua). ¿Que no soy suficientemente combativo y ofrezco resquicios de supervivencia al régimen de La Habana? Por favor, no soy yo quien mantiene vivo ese régimen, sino, entre otros profundos o superficiales aspectos, quienes durante cuarenta años han prometido derribarlo y tienen en el castrismo su principal valor en bolsa, los múltiples beneficios de un *lobby* en Washington o el monopolio de una retórica del

aire, con emisoras y locutores que difícilmente sobrevivirían al día después del régimen cubano. Tengo entendido, por otra parte, que una porción no escuálida de la población cubana apoya a un gobierno con el que me fue imposible lidiar (entre él y yo median una década de exilio y el Atlántico), pero eso no me autoriza a pensar que los que viven en Cuba constituyen una masa acéfala que obedece y calla. En cualquier caso, pongo a disposición de viejos y nuevos próceres del anticomunismo todo lo escrito y publicado *en Cuba* —la preposición *en* no me parece poco importante— y les invito a comprobar cuántos grados han girado mis posiciones así como a descubrir algún indicio apologético en ellas. No soy un héroe por tan humildes ademanes, pero al menos puedo ventilarlos sin la necesidad de entonar un *mea culpa* o subirme al carro de los conversos.

¿Qué significa, entonces, mi autodefinición como poscomunista? Es muy simple: considero vital utilizar la energía crítica empleada en el antiguo sistema para actuar, *también*, de manera crítica ante la actual apoteosis del capitalismo y frente al indiscutible fracaso cultural de las estrategias liberales en los países del Este. Aviso que pasar del cuestionamiento a la apología —de una ciudad, de un sistema social, de una razón moral, de una religión, de un estado de cosas— no es más que conjurar nuevas dictaduras, dado que el autoritarismo se adueña de todo aquello que queremos mantener impoluto y sin crítica.

En los países del Este, aunque también en China —donde los ahorcamientos y demás horrores persisten con ejemplarización medieval—, el sistema de la libertad y la democracia ha preferido consumidores a ciudadanos (traicionando, de paso, lo que esa propia gente que derribó los muros y las fronteras esperaba de Occidente). Las últimas obras de Robert Kaplan, Francis Fukuyama y otros profetas del neoliberalismo son explícitas al respecto: la democracia no es un buen destino para ciertos países —China, Perú, la antigua Yugoslavia, regiones de África—, pues las inversiones de capital necesitan de la seguridad que obtienen precisamente allí, donde la mano dura de los dictadores actúa como su garante fundamental. Henry Kissinger fue un adelantado en todo esto, y si algunos olvidan por un momento que el neoliberalismo se experimentó en el Cono Sur desde el fascismo —tortura, ruptura y recomposición espeluznante de la línea familiar, asesinato masivo o selectivo, ultranacionalismo, campos de concentración—, ése es y, lo que es peor, será su problema. Y lo será porque todo esto trae consigo un dilema epistemológico muy serio para los, así llamados, intelectuales: liberalismo y democracia no son sinónimos. Especialmente en el momento actual, donde la mezcla de Coca Cola con Tianamen ha conseguido un coctel interesante que algún día, tal vez, se llamará China Libre.

No me es posible obviar, un solo minuto, que el anticomunismo cubano tiene, además, una significativa dosis de macartismo, actualizado hoy por el amigo americano Jesse Helms, represor contumaz y obsesivo que, en nombre de la mayoría moral, ha pasado por la piedra de la censura a cuantos artistas le han parecido indecentes: Robert Mapplethorpe, Andrés Serrano, el New British Art. Este otro tipo de «hermandad» —no olvidemos que estamos

hablando del hombre que ha promovido la ley Helms-Burton y el financiamiento con cien millones de dólares a la disidencia interna— igualmente me provoca escozor. Sobre todo porque los artistas y escritores cubanos a los que admiro y con los que trabajo —casi todos en el exilio, muchos en Miami— reúnen las condiciones estéticas y morales para ser censurados por el senador Helms u otro parecido, anclado probablemente en la cultura dominante de los años cincuenta, años de esplendor de una República que hoy algunos nos venden como el Edén de la democracia y la cubanidad.

Además de su macartismo, la derecha cubana arrastra un doble fracaso por el que, en democracia, cualquier comunidad podría pedir cuentas a sus líderes. En primer lugar, no ha cumplido con su principal misión y promesa política: Fidel Castro sigue activo y mandando. La segunda conclusión a la que he llegado me preocupa todavía más: intuyo que esta gente tampoco está apta para propiciar la democracia en Cuba. Una lista larga de nepotismos, procedimientos autoritarios, despidos laborales a quienes no comparten sus líneas ideológicas, además de una estética y un lenguaje —estos elementos son de extrema importancia— anclados en la Guerra Fría, avalan esta sospecha hacia el futuro. Ser anticomunista y ser demócrata tampoco es lo mismo. De hecho, 11 años después de la caída del Muro de Berlín, Occidente es menos democrático que antes y sus represiones están aún más desnudas y visibles para aquellos que estén dispuestos a mirar un poco más allá del nudo de sus corbatas.

De cualquier manera, mi polémica no está destinada sólo a conservadores o liberales —muchos de los cuales han mostrado respeto hacia mis ideas, contrarias a las suyas—, sino que, sobre todo, me interesa dirigirla al interior de la izquierda. Por una parte, hacia esa izquierda solazada en la academia y en el trasiego curricular del asunto cubano desde los *campus* del exilio. Por otra parte, hacia algunos ideólogos dentro de la Isla, que ya sólo pueden ocuparse de mantener algún viaje, alguna publicación, a cambio de acusar a otros intelectuales —especialmente a los más jóvenes, no sea que ocupen los asientos y las páginas por las que suspiran estos nuevos guardianes de la pureza revolucionaria—, con la cobarde prepotencia de quien se sabe amparado para hacerlo. Esa izquierda no puede lidiar con la democracia en ninguna de sus posibilidades, pues nunca ha entendido ni asumido para sí aquella máxima revolucionaria tan cara, por ejemplo, a Rosa Luxemburgo: «la libertad es siempre la libertad para el que piensa diferente». Para estas dos versiones de la vieja izquierda, el derribo del Muro es su propio derribo. Para una nueva izquierda —que entienda la democracia no como el fin último de la política, sino como el grado cero para la actuación directa de la sociedad civil en la toma de las decisiones políticas— la caída del Muro es lo mejor que ha podido ocurrir. Entre otras cosas, porque ha marcado un hito contemporáneo que invalida buena parte de las letanías del 68 y, sobre todo, porque cancela la posibilidad de volver a unir socialismo y Gulag. Las nuevas generaciones — sean o no de izquierdas— deberían quizá aprovechar el abanico de posibilidades que se abre tras los actuales desmantelamientos. La democracia —desde

Platón hasta ahora— es algo más que una abstracción. Y el llamado Nuevo Orden Mundial ha restado —y mucho— a la historia de ese fascinante y complicado experimento que sigue siendo la convivencia entre seres diversos o contrapuestos. Tal vez ha llegado el momento de que la izquierda pueda tomar para sí la reivindicación de la disipación del poder tal como ahora está establecido, a partir de una ampliación del campo democrático desde la sociedad y los ciudadanos. Esa alternativa nos remite directamente a un debate *post*. Lo otro es integrar las filas de una derecha pre-Berlín, tan anacrónica como los estados estalinistas, su enemigo natural. Desde allí, los argumentos que se nos lanzan tienen el tono antiguo de las lenguas muertas. Son, acaso, el eco de una voz apagada en los agujeros negros de la Guerra Fría.

